

El 19, el ejército recibió la orden de estrechar al enemigo sobre Troyes, y de despejar la orilla derecha del Sena. Los Austriacos, los Rusos y los soberanos aliados, huyeron en derrota. Paris recibió las banderas de las jornadas de Nangis y de Montereau. El 20, se encontró el Emperador en Bray, donde había dormido Alejandro la víspera; por la tarde entró en Nogent, defendido con tanto valor por Bourmont en los días 10, 11 y 12 contra todo el ejército de Schwartzemberg, siendo allí donde ganó su grado de teniente general. Napoleon continuó su marcha el 22; la retirada de los aliados se convirtió en fuga vergonzosa; cien mil hombres se precipitaron sobre nuestras fronteras, acosados por solo cuarenta mil valientes mandados por Napoleon, que no pudieron decidir á Schwartzemberg á aceptar el combate. Los equipages de los aliados refluyeron sobre los Vosges y las orillas del Rhin; aquel mismo dia, llegaron á Mery del Sena; por la otra parte un cuerpo enemigo fuerza el paso, y se sabe con la mayor sorpresa, que este cuerpo es el de Sacken, que pertenece á aquel eterno ejército de Blucher, que por todas partes se reproduce y parece

renacer de sus ruinas. Una accion vigorosa se empeñó con los Rusos en las calles de aquella pequeña ciudad, de la cual son arrojados, retirándose á toda prisa á la otra parte del Aube. Mientras tanto, las llamas consumian á Mery, el cuartel general imperial se trasladó á la aldea de Chatres, donde pasó Napoleon la noche del 22 al 23 en el taller de un carretero. Por la mañana se presentó el príncipe Wenzel - Lichtenstein, ayudante de campo de Schwartzemberg, portador de una contestacion del emperador de Austria, á la carta escrita el 17 por el emperador de los Franceses. Una conversacion secreta prolongó la audiencia que Napoleon concedió al príncipe. Se asegura que interrogado por aquel soberano, tocante á la influencia que tres individuos de la familia de los Borbones, nuevamente llegados á Francia, parecia que habian tomado sobre las intenciones de los aliados, el príncipe de Lichtenstein habia respondido. « El » Austria nunca accederá á ninguna cosa que » se parezca á esto; que no se trataba, ni » de la existencia de Napoleon ni de su dinastía, y que su mision era una prueba sin réplica, que nada otra cosa se queria sino ha-



» cer la paz.» Entonces Napoleon dijo al príncipe que aquella misma tarde se hallaria en Troyes, desde donde enviaria á las avanzadas enemigas un general para tratar de un armisticio. Inmediatamente despues que se volvió á su ejército el ayudante de campo austriaco, el baron de Saint-Aignan, cuñado del duque de Vicencio, volvia de Paris, de una mision, y fue admitido por el Emperador, á quien encontró muy tranquilo sobre la situacion de las cosas. Dos ministros, á quienes no habian deslumbrado ninguna de tantas victorias, casi milagrosas, que acababan de ilustrar el mes de febrero, habian exigido de Saint-Aignan que presentase al Emperador el estado verdadero de la opinion, de la situacion de la capital, y de los peligros de toda especie que le amenazaban. Los consejos de que se habia encargado eran severos; y los llevó á Napoleon con tanto valor como fidelidad, precisándole con instancia á que correspondiese con los deseos unánimes que se tenian en Paris por la paz, cualquiera que fuesen las concesiones á que hubiese que condescender. Napoleon, satisfecho con sus triunfos y con las últimas palabras de Lichtenstein, resistió á las represen-

taciones de Saint-Aignan; pero la lealtad de este plenipotenciario de la opinion pública no se desconcertó, y le dijo al acabar su mision: « Señor, la paz será bastante buena, con tal » que sea bastante pronta.» — « Bien pronto » llegará, replicó vivamente Napoleon, si es » vergonzosa.» Esta conversacion se extendió, y el ejército se puso en marcha por el camino de Troyes, con tanta tristeza, como cuando el dia 5 del mismo mes habia salido de esta ciudad con direccion á la capital.

Los consejos que venian de Paris, seguramente eran prudentes; las circunstancias les daban mucha fuerza; con todo, si los ministros, particularmente el de la guerra, si el general que mandaba la capital, si José y los demas individuos del gobierno hubiesen llenado la mitad solamente de su obligacion, Napoleon no hubiera tenido que oir semejantes consejos, porque no se habria visto jamás reducido á semejantes extremos. En efecto, aun en la posicion en que se encontraba, su genio, que acababa de atraerle la fortuna por medio de unos triunfos tan increíbles sobre las fuerzas combinadas de la Europa, podia todavía salvarle.



El 23 por la tarde, nos presentamos á la vista de Troyes, cuyas puertas estaban cerradas y aparapetadas; el enemigo parecia querer defenderla, ó por mejor decir, destruirla antes de evacuarla. El combate principi6, pero por la noche pidi6 el enemigo una tregua para entregar la ciudad al amanecer, pero Napoleon prefiri6 la salvacion de la ciudad á un nuevo triunfo. El Emperador entr6 en Troyes el 24. Cansados los habitantes con diez y ocho dias de dominacion extrangera, manifestaron con sus denuncias que no faltaban traidores que estaban de conivencia con la antigua dinastía. Dos emigrados son acusados de haber llevado publicamente la cruz de San Luis y la escarpela blanca durante la permanencia de los aliados; uno de ellos que pudo ser habido fue afusilado. Napoleon supo que las proclamas de Hartwell circulaban en Paris, y que varias cartas de Luis XVIII habian llegado misteriosamente á manos de los principales personajes del imperio. Supo tambien que el duque de Berry estaba en Jersey, el duque de Angulema en San Juan de Luz con el ejército ingles, y el conde de Artois en el Franco-Condado. Así es que á su entrada en Troyes, expidi6 un decreto im-

poniendo pena de la vida como á traidores, á todos los que enarbolasen las insignias de la antigua monarquía. Sin embargo, en esta misma ciudad de Troyes, el emperador Alejandro habia declarado á M. de Vitrolles que los aliados no abrazaban la causa de los Borbones, cuyos intereses venia á defender aquel negociador oficioso; los demas soberanos tenian el mismo language. Tambien se habia asegurado en Chatillon al plenipotenciario frances, que el conde de Artois habia llegado á Vesoul, sin avisar de su llegada á los aliados y sin su consentimiento, y que iba á volverse.

Esperanzado Napoleon de sacar un gran partido de su nueva situacion, se ocup6 de la suspension de armas. Los aliados se habian retirado sobre Bar del Aube, desde donde hizo proponer el príncipe de Schwartzemberg á Lousigny para la negociacion. El punto mas difícil de decidir era la línea de armisticio. Napoleon exigi6 que se extendiese desde Amberes hasta Leon; esta demanda sorprendió á los aliados. Interin llegaba la respuesta, Napoleon se entregaba á las esperanzas que debia darle la especie de ahinco que habia manifestado la coalicion para una tregua, cuando



en la noche del 26 al 27, descubrió el enigma de aquel ataque de Mery, seguido tan rápidamente de una retirada por parte de los Rusos. Estos eran la vanguardia de otro ejército de cien mil hombres, formado recientemente por Blucher, de los diferentes cuerpos que habían bajado de la Bélgica. Este infatigable general, presente á la refriega del puente de Mery, donde acababa de ser herido, había querido por segunda vez rehacer el ejército del príncipe de Schwartzemberg, pero habiendo destruido esta combinacion la derrota de aquel príncipe cerca de Nangis y Montereau, el general prusiano la había remplazado, poniendo en ejecucion un proyecto mas atrevido y mas brillante, el de llegar él solo á Paris, por las dos orillas del Marne. Efectivamente, á su llegada delante de Sezana el 24, tuvo Marmont que abandonar esta ciudad; Mortier se retiraba igualmente de Soissons, y estos dos mariscalas se replegaron sobre la Ferté-bajo-Jouarre. Lejos de dejarse abatir por un acontecimiento tan imprevisto, Napoleon se encontró por el contrario en su elemento natural, las grandes dificultades. La mas difícil de vencer, es sin duda alguna la de encubrir su par-

tida y la de su ejército, para correr al alcance de Blucher, sin que Schwartzemberg pudiese tener la menor sospecha, en su movimiento de retirada, de esta mudanza. Oudinot y Macdonald debian contener á los Austriacos; el uno ya se estaba batiendo en Bar del Aube; el otro, con Gerard, mandó hacer aquellas aclamaciones de costumbre que anuncian la presencia del Emperador. Este ardid salió bien. Al mediodia Napoleon estaba en Arcis; por la primera vez se encontró llevando de frente dos negociaciones y dos operaciones militares. Llegado á Sezana, supo la marcha sobre Meaux de Mortier y de Marmont, que no habían podido permanecer en la Ferté-bajo-Jouarre. Era preciso libertar á Meaux, porque es un arrabal, por decirlo así, de la capital. Napoleon se dirigió desde Sezana á la Ferté-Gaucher; de allí recibió muy malas noticias; el feld-mariscal austriaco Schwartzemberg descubrió que Macdonald y Oudinot estaban solos á su vista, y en su consecuencia tomó la ofensiva con vigor en Bar del Aube; heridos Wittgenstein y Schwartzemberg en la accion, consiguieron arrinconar sobre Troyes, por la masa de sus tropas, los débiles cuerpos france-



ses que allí estaban. Macdonald, que debía dar la guardia al congreso de Chatillon, debió seguir tambien el movimiento retrógrado sobre Troyes, y por último, Augereau, que recibió la orden mas terminante de rehacerse en el Franco-Condado, tuvo que combatir, ademas del cuerpo de Bubna, el de Bianchi y de Hesse-Hombourg, que Schwartzemberg, embarazado con tanto número de tropas, acababa de dirigir sobre Leon.

Entretanto, Napoleon no perdía de vista su enemigo principal. El 2 de marzo, mientras que se reconstruía el puente de la Ferté-bajo-Jouarre, destruido por Blucher, se detuvo en aquella ciudad para enviar al duque de Vincencio, con una carta autógrafa, *el contra proyecto* que le había pedido este ministro, en contestacion al proyecto del tratado preliminar de los aliados. Blucher había emprendido su marcha por la orilla izquierda del Marne, adelantándose sobre Soissons. Todo se hubiera salvado, si Napoleon hubiese llegado á Soissons antes que Blucher obligado de pasar por caminos de travesía impracticables. Los Franceses no perdieron ni un solo momento; Napoleon expidió correos á Paris, á

Chatillon, á Meaux; Mortier y Marmont tuvieron orden de tomar de nuevo la ofensiva. En la noche del 2 al 3, se reconstruyó el puente de la Ferté, y Napoleon pasó el Marne precipitándose sobre Chateau Thierry y sobre el camino de Reims. Todo se dirigió hácia Soissons, como la llave de la puerta del Marne; Marmont y Mortier se dirigieron allí por dos caminos diferentes; este último mariscal confió mucho sobre la suerte de Soissons, defendido por una buena guarnicion, y con las fortificaciones nuevamente reparadas. Envuelto Blucher por todas partes, no sabia como evitar su ruina, puesto que ocupabamos á Soissons. Blucher no lo ignoraba; así es que se propuso apoderarse de la ciudad á viva fuerza y encerrarse en ella; se presentó, y los puentes levadizos se bajaron á su presencia!... Bulow y Wintzingerode, que habían llegado igualmente de la Bélgica, del ejército de Bernadotte, habían amenazado tambien á Soisson el 2 de marzo, é intimidado al comandante que abrió sus puertas! El 4 por la mañana, supo Napoleon, en Fimes, la entrada de los Prusianos en Soissons. El general que había entregado la plaza se llamaba Moreau;



« Ah! exclamó Napoleon, ese nombre siempre me ha sido fatal. » Efectivamente lo fue.

Perdido Soissons, pasado el Marne por los aliados, era preciso que Napoleon sorprendiese el paso del Aisne. El 5 de marzo, corrió á Bery del Bac del que se apoderó el general Nansouty; así es que el camino de Laon á Reims nos pertenecía. El 6, marchó á Laon, y encontró en las alturas de Craona un ejército ruso en posición; dejó para el día siguiente el dar la batalla. Por la noche supo el movimiento casi general de la población de los Vosges contra los Austriacos que se retiraban, y el concierto de ataque que parecía unir las guarniciones del Rhin, las de la Lorena y de la Alsacia, por operaciones ofensivas. Empero, el 7, era necesario apoderarse de Craona; Ney y Victor, á la cabeza de la infantería, Grouchy y Nansouty á la de la caballería, acometieron con su ímpetu acostumbrado, la cumbre de las alturas; los tres últimos cayeron heridos. Belliard se encargó del mando en jefe de la caballería, sostenido por Drouot y su artillería. Al fin, fuimos dueños de Craona, despues de haber experimentado la resistencia mas tenaz. Perseguimos á

los enemigos hasta la encrucijada del camino de Laon á Soissons: resistieron algun tiempo en la venta del Angel Guardian, á fin de dar tiempo á Blucher para que evacuase á Soissons y pudiese reunírseles. La jornada fue sangrientísima, y nuestra difícil victoria tuvo un carácter de tristeza que se manifestó en todo el ejército. Napoleon estaba todavía lleno de muchos cuidados y disgustos cuando llegó á Bray; este triunfo sin trofeos le inspiraba reflexiones profundas. Todos los que rodeaba al Emperador, hombres de estado, guerreros y demas, tenían sus ojos fijados hácia Chatillon.

Rumigny agregado al gabinete llegó de allí, portador de noticias del duque de Vicencio, las cuales tenían un aspecto grave; las proposiciones de Lusigny se calificaron en Chatillon de infracción á las bases de la negociacion; se negaron á admitir á ninguna especie de discusion, persistiendo en exigir, que el duque de Vicencio suscriba á la condicion *de los antiguos límites de la Francia*, ó que presente un *contra proyecto*; sin lo cual amenazaban separarse. El despacho del plenipotenciario trae la mayor urgencia. Ru-



migny llevó el 8 una larga contestacion á la carta del duque de Vicencio, la cual contestacion dió aun una carta blanca, *savlo ratificacion*.

Napoleon se puso á la cabeza de sus columnas, las cuales se hallaban en marcha sobre Laon; se mandó ocupar á Soissons que habia dejado ya de ser una barrera, y á dos leguas de Laon, nos vimos detenidos por el enemigo, que se habia apoderado de un desfiladero enmedio de los pantanos; era ya muy tarde para forzar aquel paso. Napoleon retrocedió hasta Chavignon, donde Flahaut vino á darle noticia del rompimiento de las conferencias de Lusigny. El movimiento de Blucher habia restablecido las cosas por parte de los aliados, porque, llamando á Napoleon sobre sus pasos, ya no tenian necesidad de armisticio. Sin embargo, en la noche del 8 al 9, un hecho de armas, á un mismo tiempo feliz y osado, abre el desfiladero al mariscal Ney; pues que Gourgaud, primer oficial de ordenanza del Emperador, sorprendió las grandes guardias de los aliados. El ejército se hallaba al pie de las alturas de Laon. Marmont, Ney y Mortier tomaron sus disposiciones el 9, para

atacar el 10, al amanecer, aquella fuerte posicion, que fue defendida por el ejército de Blucher, engrosado por aquella avanguardia del ejército de Bernadotte, que se apoderó de Soissons sin tirar un tiro, y que era dos veces mas meroso que el de Napoleon. Laon era el centro casi inexpugnable de las operaciones del general prusiano. En la noche que precedió al ataque, tambien Marmont se dejó sorprender, y su cuerpo fue dispersado. ¡Fatal represalia del hermoso golpe dado por Gourgaud! Así se perdió en un momento, por segunda vez y de un modo irreparable, el fruto de la penosa y sábia marcha de Napoleon. La desgracia de Soissons iba á repararse; pues la osadía de Gourgaud habia conducido el ejército bajo las murallas de Laon! Napoleon montaba á caballo á las cuatro de la mañana, para emprender aquella batalla generosa, cuando supo el desastre de Marmont; entonces debió retirarse sobre Soissons, cuya custodia encargó á Mortier. Desde esta ciudad escribió al príncipe Virey, el 12: « Recibo vuestra carta y el proyecto de tratado que os ha » enviado el rey de Nápoles; bien conoceis » que semejante idea es una locura; sin em-